VIRTUDES, SUFRIMIENTO Y BÚSQUEDA DE SENTIDO

LIBERTAD INTERIOR Y SENTIDO DE LA VIDA. LA PERSONA ANTE EL SUFRIMIENTO

Juan Andrés Mercado, febrero de 2023

1. La salvación de Edith

Mayo de 1945. Edith no ha cumplido los 18 años. Yace, cerca de su hermana Magda, fuera de un barracón del campo de Gunskirchen, entre cuerpos de desconocidos, todos formando una pila, algunos ya sin vida. Otros, como ella, apenas respiran. Los últimos días han sido como una navegación entre alucinaciones donde se mezclan imágenes de la infancia y el sufrimiento de los dos últimos años. Después de siete meses en Auschwitz, las prisioneras fueron forzadas a emprender la "marcha de la muerte". Edith no puede caminar, tiene la espalda rota y sabe que no puede continuar.

Pero ese día se materializan los vehículos militares estadounidenses, alguien canta *When the saints go marching in...* es real, ¡han llegado!

Los soldados entran y preguntan a gritos, en alemán, si hay alguien vivo, mientras exploran sumariamente el montón de cuerpos inertes. Las dos hermanas carecen de la fuerza suficiente para comunicarse, aunque los hombres pasan a su lado. Los militares hablan entre ellos en su lengua y hacen por marcharse. Parece que el *ritornello* de los verdugos de todos esos meses –"nunca saldrás viva de aquí" – está por confirmarse.

Sin embargo, una luz llama la atención de los soldados que se alejaban. Reaccionan y regresan: el brillo de una lata de sardinas que Magda no ha conseguido abrir les ha llamado la atención. Edith arracima las pocas fuerzas que le quedan e imagina que puede bailar de nuevo, esta vez en pareja con su potencial salvador. Con los ojos cerrados, algo estimul la vida en su mano, ¿consiguió moverla? No importa, ahora la sensación viene del soldado que estrecha su mano mientras pone en ella unos "garbanzos de colores" y le ayuda a llevárselos a la boca: el dulzor de los M&Ms –los "garbanzos" – es el sabor de la realidad y de una primera nota de redención. El soldado la levanta después de hacer espacio entre los cadáveres y la coloca un poco más allá. Edith no consigue ni siquiera comunicar su agradecimiento ni preguntar por su hermana. Un momento después, Magda está ahí junto a ella. Lo han conseguido, las dos, están vivas y son libres.

En mayo de 1944, la familia de Edith¹ había sido deportada al campo de concentración y exterminio de Auschwitz, después de haber estado confinada en el ghetto de su ciudad natal. Los padres fueron enviados inmediatamente a las cámaras de gas. El coraje y la presencia de ánimo de Edith en numerosas situaciones límite fueron determinantes en los meses que siguieron.

La posguerra no fue fácil, y pocos años después, ya casada, ella, su marido y su primera hija emigraron a Estados Unidos. Durante años, el disciplinado uso de sus cualidades, le permitió forjar una familia estable y obtener una sólida formación académica.

En las líneas finales de este escrito recogeré algunos pasajes en los que Edith Eger explica cómo asimiló tardíamente las enseñanzas de Viktor Frankl que le ayudaron a seguir asimilando su traumática experiencia de juventud. Se trata de una conquista cada vez más profunda de la propia libertad interior, para servir y llenar la propia existencia de sentido constructivo.

2. Dolor y sufrimiento

El sufrimiento es una de esas nociones límite, que todos conocemos y que al mismo se evade ante nuestros esfuerzos por encuadrarla.

El dolor puede identificarse como una sensación negativa, es decir, como algo que impide el normal y placentero desarrollo de la vida. Se trata de la percepción de un obstáculo al propio crecimiento y bienestar².

Esto supone que el desarrollo normal es deleitable, o que muchas de sus manifestaciones son placenteras. Lo primario es lo agradable, entendido como un bien y como la sensación que acompaña al crecimiento.

Lo que se percibe como obstáculo, incomodidad o daño, es una privación de algo que corresponde al ritmo normal de la propia actividad. Malestar, dolor y cansancio son sensaciones propias de un organismo frustrado. El dolor es el lado afectivo del mal.

Cuando el dolor y el sufrimiento llegan a ciertos niveles se realza su irracionalidad, su carácter de sinsentido: el sufrimiento perturba, desordena,

¹ Nacida en Kosice, Checoslovaquia, 29 de septiembre de 1927. Esa parte de la narración corresponde a la fase final de las "marchas de la muerte" que los nazis organizaron para vaciar los campos cercanos al frente oriental ante la llegada de las tropas rusas.

² En este parágrafo resumo algunas ideas fundamentales de la voz "Dolor", de Juan José Sanguineti, en Fernández Labastida, Francisco – Mercado, Juan Andrés (editores), Philosophica: Enciclopedia filosófica on line, URL: http://www.philosophica.info/archivo/2017/voces/dolor/Dolor.html

obstaculiza las actividades: ¿por qué tiene que *existir*? ¿Qué sentido tiene romper el dinamismo del crecimiento? ¿Es compatible una *vida buena* en un contexto de dolor agudo y obturador?

3. La irrenunciable convivencia con un incómodo compañero de viaje

Las preguntas planteadas sobre el sinsentido del sufrimiento, sobre todo cuando es agudo y permanente no tienen respuestas unívocas, a no ser que se acepte la Revelación judeocristiana sobre el origen de las cosas, la culpa original –¡el mal físico y moral podría no haber existido! – y, en sentido netamente cristiano, la Encarnación de un Dios que sufre y muere para reparar de un modo muy particular todo el daño ocasionado.

Aunque la realidad de un Dios sufriente no responda a todas las interrogantes sobre el dolor, el hecho de que este Dios lo haya asumido alienta a acogerlo como El lo hizo³.

Esta *recepción* será tan variada como los seres humanos, y en esta ocasión veremos unas propuestas de gran calado antropológico compatibles con esa Revelación.

Saber que un individuo ha sucumbido ante el sufrimiento extremo o que ha señoreado sobre él, es una íntima provocación a plantearse qué hacer en las situaciones de dolor moderado o normal, que por experiencia se sabe que no pueden faltar y cuya variabilidad es difícil, cuando no imposible de prever.

Abordar un encuadramiento detallado del sufrimiento requeriría un tiempo del que no disponemos el día de hoy. Nos toca aceptar, como sugería Aristóteles al plantear la definición de las discusiones éticas, una descripción genérica del tema de reflexión, para obtener algunas conclusiones también generales, pero con miras prácticas concretas⁴.

No por genérica la respuesta ha de ser menos resolutiva, y por un sentido de honestidad intelectual: hay preguntas que no se pueden considerar "desde el sofá", pues tocan fibras profundas de la personalidad, remiten a lo que es bueno y recomendable, y en estos temas la mera especulación resulta estéril: no se estudia la ética para saber qué es el bien, sino para ser buenos⁵, o al menos para intentarlo.

³ En la esfera teológica se pueden encontrar respuestas a cuestiones relacionadas, como el mandato de Cristo sobre el amor, es decir, solo puede prescribir el amor "hasta dar la vida por los amigos" quien antes lo ha hecho. Esto no resuelve el dolor como un analgésico, pero sí lo llena de sentido. Cfr. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, nn. 16-18.

⁴ Cfr. ibid., 1094b13-27

⁵ Cfr. ibid., II, 1103b26-31.

4. Congeniar con la frustración

Hay realidades que nos exigen confrontarnos con ellas, no solamente compararlas o cotejarlas. El término confrontación ha adquirido un matiz de contradicción y oposición, generalmente con un tinte hostil. Han caído en desuso los sentidos de "ponerse frente a algo", relacionados con congeniar; encontrarse para simpatizar y convenir con lo otro o con la otra persona⁶. Aquí procuraré mantener esta orientación, tanto para las situaciones en general como a las relaciones interpersonales.

Ha habido numerosas propuestas filosóficas en las que la realidad externa se presenta como obstáculo, por lo mismo como generadora de insatisfacción. En las posiciones extremas del idealismo, esa oposición se supera por una serie de negaciones a las que se reconoce un poder de asimilación: cada etapa es un progreso hacia la perfección de una realidad omnicomprensiva. El sufrimiento se daría en todas las fases de ese camino de superación y se entendería como una fricción inevitable en la vía del completamiento de un proceso anónimo.

Una perspectiva realista, que nos permita confrontarnos de otra manera con el dolor, permite descubrir vías distintas para entender la colaboración de la voluntad con la inteligencia.

Me permito usar la distinción de Frege entre sentido y referencia⁷, como atajo para explicar la intencionalidad cognoscitiva y sustraernos al esquema del subjetivismo ínsito en el idealismo. La intencionalidad en este contexto implica que hay una serie de imágenes mentales, por usar un término vago, que hacen referencia a una realidad externa a nuestra mente. Frege afirma que podemos indicar esas realidades con distintos nombres, pero que la realidad de que se trata es una sola: "el lucero del alba", "el lucero de la tarde", o simplemente "el lucero" y "Venus" son el mismo objeto. Ya en este nivel comprendemos relaciones y significados.

A partir de estos instrumentos gnoseológicos *minimalistas* de raíz aristotélica, retomo una afirmación de las *Lecciones de psicología*, de Leonardo Polo: el filósofo español afirma que nuestro estar entre las cosas materiales no puede carecer de

⁶ Cfr. RAE, "confrontar".

⁷ Frege distinguía Sinn y Bedeutung para explicar cómo podemos referirnos a un objeto con distintos nombres o definiciones: el objeto o referencia es el mismo, mientras que el sentido es un modo de llamarlo. Cfr. Enciclopedia Herder, https://encyclopaedia.herdereditorial.com/wiki/Sentido y referencia [18.01.2023]. En este terreno tenemos mucho que agradecer a autores cercanos a nuestra institución universitaria, como Fernando Inciarte, Leonardo Polo y los hermanos Carlos y Alejandro Llano.

sentido⁸. Si no hay un sentido que encontrar en el tejido de la realidad, la determinación de lo valioso es puramente subjetivo, y solamente el poder de un *ultrahombre* nietzscheano podría realizarlo, pero en el fondo tampoco la tarea de este ser prodigioso sería justificable: el absurdo no se supera con la fuerza. Es más provechoso aceptar nuestra testarudez por encontrar un *logos* en las cosas y las situaciones, que empeñarse en inventar su sentido en cada generación.

Por eso es imprescindible rescatar la confrontación como búsqueda de una relación constructiva con lo otro, con lo que no puedo escoger y sin embargo está ahí, ofreciéndome, sí, oposición, pero también oportunidades.

5. Saberme en mi lugar

En esta línea, la psicología del desarrollo ofrece coincidencias notables con la perspectiva filosófica. Numerosos estudios experimentales han confirmado la aparición de la *consciencia de lo otro* como un evento perfectamente natural en el proceso ontogénico, es decir, de maduración del individuo. Esto significa que una etapa fundamental del crecimiento psicológico es la captación de los entes externos a la mente como realidades autónomas con respecto al propio conocimiento: *son*, independientemente de mí y de que yo los conozca.

El conocimiento pasa sucesivamente a identificar la *intencionalidad propia* –mis objetivos–, más tarde la *intencionalidad por pares* –el objetivo que compartimos tú y yo– y la *intencionalidad comunitaria*. Estas sucesivas comprensiones de los objetivos suponen la relación de las abstracciones e inferencias simples secuencialmente (en perspectiva), para llegar a nociones abstractas *objetivas* y *razonables* que están en la base de la organización social.

Cada una de las tres etapas se corresponde con un nivel distinto de *autocontrol* (a nivel personal, social y de normativa abstracta), y de *habilidades colaborativas*: ayudar y compartir uno a uno; reconocimiento del compromiso con otra persona y

5

⁸ L. Polo, *Curso de psicología general: lo psíquico, la psicología como ciencia, la índole de las operaciones del viviente*, EUNSA, Pamplona 2009, pp. 105-106. El interés es un modo de estar *entre* los entes (*inter-esse*), lo que supone correlaciones comprensibles de sentido. En la p. 103 afirma: "No se puede negar que estoy entre los entes, lo cual quiere decir que estoy en la naturaleza (...) y que estoy en la sociedad, funcionando entre los hombres; y que desempeño un trabajo entre los entes pragmáticos; pero ninguno de estos 'entre' es un mero juego de asociaciones psíquicas ni una objetividad solitaria. Si la naturaleza humana no fuera sino espontaneidad asociativa, y la realidad, rígida estructuración aislada, el hombre no sería viable".

sentido de la justicia; finalmente, una moralidad social, con sentido de responsabilidad traducido en normas generales⁹.

En esta explicación ontogénica se pone de relieve que a los distintos momentos cognoscitivos corresponden simétricamente momentos de voluntariedad: uno aprende a frenarse y a renunciar a una ventaja porque reconoce que hay otros sujetos implicados que pueden tener el mismo interés. Es decir, me doy cuenta de la paridad de mis intenciones con respecto a las de otros, y por eso *me detengo* para considerar cómo gestionar la relación con la cosa deseada y con mi compañero de viaje. Estos *hiatos* en la actividad, la capacidad de *pararse a considerar* es típicamente humana y es indispensable para la convivencia¹⁰.

Esta capacidad de distanciarse es fundamental también en la gestión del sufrimiento, como se verá más adelante.

6. Una sindéresis proactiva

En las entretelas de la aceptación de una realidad compleja descubrimos naturalmente la justicia y la responsabilidad. En ese encuentro continuado hay siempre una respuesta, que puede ser mejor o peor.

La calidad de esa respuesta tiene que ver con la noción clásica de verdad, o sea, con la adecuación entre lo que pensamos y lo que se nos presenta, sólo que en el dinamismo ontogénico esto se descubre en la interacción con los objetos y con los otros agentes: el entrelazamiento de relaciones hace que las actividades se puedan reconocer como más o menos adecuadas, sin que esto implique que tengan que ser siempre las mismas o que no sean completamente independientes de la personalidad de cada quien.

Por eso resulta coherente una reforma propuesta por Leonardo Polo, a la sentencia con la que suele definirse la *sindéresis* o primer principio del actuar humano, o sea, "haz el bien y evita el mal". Polo realiza la *corrección* que requiere la mayoría de las prohibiciones que conducen al bien, enfocándose en la primera parte del principio: *haz el bien*. Lo más importante es lo que se puede hacer, desarrollar la iniciativa, no

¹⁰ Cfr. C. Llano y L. Polo, *Antropología de la acción directiva*, en *Obras completas de Leonardo Polo*, Serie A, v. XVIII, p. 23. Los paralelismos entre la propuesta antropológica de Polo y Llano y los resultados de las investigaciones de Tomasello son notables y merecen una comparación profunda.

⁹ Se trata de las fases identificadas por Michael Tomasello en *Becoming human. A theory of ontogeny*, Belknap Press, Harvard University Press, Cambridge Mass. 2019, p. 22. El libro va explicando las distintas interrelaciones de los elementos en el proceso de maduración humana.

evitar lo que no conviene. Estamos hechos más para realizar el bien, que para evitar hacer el mal. Por eso su propuesta suena así:

'haz el bien, actúa'; actúa todo lo que puedas y mejora tu actuación. El mal, ya se sabe, está prohibido. Evitar el mal es un *no*, pero la negación no es lo primero en la moral. El conocimiento moral de principios impulsa, ratifica que el hombre debe tener iniciativa¹¹.

Más que de una imposición se trata de ampliar la propia libertad, persiguiendo el bien, llevándolo a cabo, sin retraerse, venciendo la pereza. Cabe suponer que esta tarea no es momentánea, pues está sujeta, como afirma Polo

a la actitud de la persona ante la larga tarea que es vivir, ante el proyecto humano que es desarrollar su existir incrementando lo real. Lánzate a la vida, aporta, pon de tu parte, no te quedes corto. Este es el gran principio. ¿Es una norma moral en sentido estricto? Me parece que no. Es, más bien, la conexión de cualquier norma conmigo, pues la norma moral no es una instancia obligatoria que se yerga ante mí solitaria como un reclamado cumplimiento forzado¹².

La obligación formal y la constricción influyen accidentalmente en el desarrollo de las virtudes. Lo más importante es potenciar el dinamismo interior que lleva a incorporarlas en libertad, teniendo como fin la bondad de las acciones¹³.

7. Don y misión. Libertad interior

Las ideas sobre el carácter natural de nuestras actitudes a reconocer la realidad y una especie de compromiso con ella, corroboradas por la psicología contemporánea, casan perfectamente con esta visión renovada de la sindéresis. Nos descubrimos a nosotros mismos respondiendo a las exigencias de nuestra red relacional, y vamos comprendiendo que algunas respuestas son más constructivas que otras.

Lo que está más allá de nosotros nos interpela, y como estamos hechas o hechos para responder, la relación en la que se nos exige enriquecer ese entramado es un compromiso moral: tenemos que plantearnos qué hacer con esa invitación.

Desde una perspectiva aristotélica, esa contestación debe basarse en la *recta razón*, que va madurando con la experiencia. La respuesta a la llamada de la realidad es una muestra de la *autodeterminación*, pues aunque haya constricciones y

¹¹ L. Polo, Ética, en Obras completas de Leonardo Polo, Serie A, v. XI, p. 280.

¹² Id.

¹³ Cfr. Id. La sindéresis es la noción principal del apartado "El descubrimiento de la norma moral". Tiene un amplio desarrollo en L. Polo, *Antropología trascendental*, en *Obras completas*, Serie A, v. XV, pp. 299-529.

condicionamientos, lo que más cuenta es la convicción del sujeto que se autodetermina.

Ahora empezamos a retomar algunas sugerencias iniciales de las reflexiones que nos han traído aquí el día de hoy. Lo que a nivel antropológico reconocemos en sus manifestaciones más elementales, como la colaboración entre los niños, y que hemos conectado con la sindéresis en términos de iniciativa, se proyecta en la dimensión de la *donación* de sí.

No parece razonable que esa capacidad y exigencia de entrega deba ser siempre la inmolación total e inmediata. El mismo Jesucristo, ejemplo de entrega extrema, sugiere y encarga muy distintas tareas que sólo se entienden en una vida prolongada. Aquí se ponen en juego el mensaje cristiano y la recta razón del Estagirita: cada una y cada uno debe discernir cómo administrar sus capacidades para responder del mejor modo posible a ese llamado de la realidad.

La cuestión del *sentido* ya no implica solamente el reconocimiento del objeto externo, sino la *dirección* que quiero dar a mi vida, relacionándome cada vez más profundamente con aquello que me circunda. Cada quien tiene una dotación natural propia y un conjunto peculiar de circunstancias y estímulos. La individualidad se va constituyendo en esas interacciones, y en un momento dado el sujeto debe empezar a responder por su cuenta e ir construyendo su modelo de vida, respondiendo a la pregunta "¿qué tipo de persona quiero ser?". La libertad se puede ver así como algo mucho más radical que la capacidad de elección entre A o B y la autodeterminación aristotélica se amplía desde la administración de bienes y relaciones a una orientación fundamental de la propia existencia, que se va cimentando en las innumerables decisiones diarias.

Si el ámbito de este discurso fuera el teológico, habría que dar un mínimo de espacio a otras cuestiones capitales: el sentido de la providencia, de la gracia o asistencia divina, y también al refuerzo de la llamada a responder a las exigencias de la vida cuando se cree que esa realidad externa ha sido creada por el mismo que nos encarga manejarla del mejor modo posible. Afortunadamente para quien está intentando seguir este discurso, no abordaremos semejante empresa.

Nos ayudarán en cambio las reflexiones de Edith Eger sobre el papel del sufrimiento. La gimnasta y bailarina, más adelante psicóloga, hubo de asumir, como tantos otros, unos padecimientos terribles. Lo más arduo para quien padece o ha padecido penas injustas es traducirlos en términos de *misión*, de una tarea que me toca a mí y a nadie más, si quiero aceptarla.

8. El regalo de Edith y la capacidad de acogerlo

En la tradición aristotélica la vida se considera un bien, es más, se lo considera el bien fundamental de los vivientes, pues sin ella todo lo demás carece de sustento. Los seres humanos pueden aprovechar ese bien y vivirlo con belleza, no solo con corrección. Eso es lo más digno que cabe hacer. Con la Revelación judeocristiana este bien se entiende como otorgado por Dios, es un regalo.

En sectores importantes de la psicología contemporánea se ha retomado esa noción a un nivel puramente humano, y la mayoría de las veces de modo perfectamente armonizable con el mensaje revelado. Cuánto se pueda acercar una versión secularizada del don de la vida a la noción de vida como don de Dios, o hasta qué punto sea usado "de contrabando" no nos toca ahora dilucidarlo. Simplemente me limito a afirmar que lo considero en cualquier caso muy enriquecedor para la psicología.

Cito unas palabras de Edith Eger:

La vida –incluso con sus inevitables traumas, dolor, pena, miseria y muerte– es un regalo. Un regalo que saboteamos cuando nos encerramos en nuestros miedos al castigo, al fracaso y al abandono; en nuestra necesidad de aprobación; en la vergüenza y la culpa; en la superioridad y la inferioridad; en nuestra necesidad de poder y control. Celebrar el don de la vida es encontrar el don en todo lo que sucede, incluso en las situaciones difíciles, en las que no estamos seguros de poder sobrevivir. Celebrar la vida y punto. Vivir con alegría, amor y pasión [...]¹⁴.

Como reza el título de varias de las ediciones de la obra más famosa de Viktor Frankl, "decir que sí a la vida, a pesar de todo" 15.

Ahora bien, resulta evidente que no es fácil encarnar esta idea, o que por mucho que se intente difundirla, cada persona la asimilará con una profundidad y convicción distinta, o incluso se negará a aceptarla.

Eger y Frankl se han preguntado una y otra vez por los componentes del carácter que hacen germinar lo que ahora se llama *resiliencia*. Frankl da pistas concretas en sus escritos. Por un lado, transforma en un cimiento de su propuesta la sentencia nietzscheana "quien tiene un por qué puede soportar cualquier cómo" ¹⁶. Pero eso no basta: es necesario un soporte para las mejores aspiraciones, como el sólido

¹⁴ E. Eger, *The Gift. 12 lessons to save your life, Conclusion*, ebook, Simon and Schuster, Inc., N. Y. 2020, p. 153.

¹⁵ ... trotzdem Ja zum Leben sagen, 1946. Sobre el origen de la frase y cómo la usó Frankl en la publicación de sus escritos, véanse las descripciones de los volúmenes de sus *Obras completas (Gesammelte Werke*) en www.viktorfrankl.org/books_by_vf.html#German.

¹⁶ Frankl toma la primera parte del aforismo 12 de la primera parte de *El ocaso de los ídolos*.

entramado que se genera gracias a la disciplina que exigen los proyectos más valiosos. El laborío de las potencialidades humanas para llevar a cabo planes constructivos genera una personalidad más consistente, a través de las virtudes. Este carácter firme permite estar por encima de las condiciones adversas y así seguir adelante, o valorar los placeres más elevados del espíritu.

Frankl sintetiza de este modo algunos de los contrastes que se verificaban en la vida del campo de concentración:

A pesar del primitivismo físico y mental imperantes a la fuerza, [...] aún era posible desarrollar una profunda vida espiritual. No cabe duda que las personas sensibles acostumbradas a una vida intelectual rica sufrieron muchísimo (su constitución era a menudo endeble), pero el daño causado a su ser íntimo fue menor: eran capaces de aislarse del terrible entorno retrotrayéndose a una vida de riqueza interior y libertad espiritual. Sólo de esta forma puede uno explicarse la paradoja aparente de que algunos prisioneros, a menudo los menos fornidos, parecían soportar mejor la vida del campo que los de naturaleza más robusta¹⁷.

Se trata de caracteres que dependen mucho menos de las condiciones externas que de sus propios recursos. Eger y Frankl narran casos muy semejantes de esperanza ilusoria en ser liberados en fechas concretas, como la Navidad, que sostenía a los interesados en esos momentos difíciles. Al no verificarse el evento esperado, la persona se vaciaba de energía y ganas de vivir, para fallecer a los pocos días¹8.

Entre las ideas que Frankl desarrollaría más adelante tiene un lugar central la elección. Es decir, que somos capaces de escoger cómo afrontar los distintos momentos de nuestra vida. Decir que sí –"a pesar de todo" – es un acto de la voluntad, pero de una voluntad que cuenta con los fundamentos generados por el ejercicio cotidiano.

Nos jugamos mucho en el modo de conectar lo que nos ocurre –sobre todo cuando esto en buena medida no ha dependido de nosotros– con la misión personal y el sentido de responsabilidad.

Edith Eger descubrió una potente luz cuando venció su reticencia a leer el libro de Frankl en 1966. La idea de que al ser humano se le puede arrebatar todo, excepto la capacidad de elegir la propia actitud en cualquier circunstancia, o sea, escoger la propia vía, iba a cambiar su manera de ver las páginas más oscuras de su pasado. Eger

¹⁷ V. E. Frankl, *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona 1991, p. 44. En las páginas siguientes cuenta distintas reacciones de las que los mismos presos se sorprendían, como la capacidad de contemplar la belleza e invitar a los otros a compartirla.

¹⁸ Cfr. V. E. Frankl, *ibid.*, pp. 79-81 y E. Eger, *op. cit.*, p. 135.

resume así el impacto que le produjo esa primera lectura -toda en una noche- del texto de Frankl:

Cada momento es una elección. Por frustrante, aburrida, restrictiva, dolorosa u opresiva que sea nuestra experiencia, siempre podemos elegir cómo responder. Y por fin empiezo a entender que yo también puedo elegir¹⁹.

Más adelante elaboró unas consideraciones sobre el reforzamiento de la personalidad que se armonizan con las conclusiones de Frankl. La aterradora prueba de satisfacer los deseos de Mengele por verla bailar, a solas, sin saber qué iba a ocurrirle, la misma jornada de su llegada al campo de concentración. Esa noche, escribe,

me enseñó una lección vital que ha mejorado y fortalecido mi vida desde entonces. Las peores circunstancias me dieron la oportunidad de descubrir los recursos internos que me ayudaron una y otra vez a sobrevivir. Mis años de introspección, de estar sola y trabajar duro como estudiante de ballet y gimnasta, me ayudaron a sobrevivir al infierno; y el infierno me enseñó a seguir bailando por mi vida²⁰.

Esa plataforma de supervivencia no había bastado en los años siguientes, para asimilar toda la experiencia de la guerra. Sobre esa base había que seguir construyendo nuevas afirmaciones y elecciones para conciliar el dolor superado. Plantearse seriamente una revisitación de su profundo contacto con el sufrimiento que le permitiera romper con ciertos temores que lastraban aspectos importantes de su vida.

Años después, siempre acompañada por su marido y apoyada por sus hijos y sus hermanas, se armó de coraje para visitar de nuevo lo que quedaba del barracón donde había estado internada con su hermana Magda y otra docena de chicas. Ese momento fue la culminación de un proceso da aceptación de lo que había ocurrido y de dejar de darle vueltas a lo que podría haber sucedido, pensando que la elección más importante no era la que había hecho

cuando estaba hambrienta y aterrorizada, cuando estábamos rodeadas de perros y armas e incertidumbre, cuando tenía dieciséis años; sino la que hago ahora. La elección de aceptarme como soy: humana, imperfecta. La elección de ser responsable de mi propia felicidad [...] De funcionar tan bien como pueda.

Esa aceptación cobra todo su sentido cuando se liga a un destino común de servicio. Edith lo entendió así, en continuidad con su proyecto de vida. Se trataba de la elección de comprometerse

¹⁹ E. Eger, *The Choice*, c. 13, *You were there?*, ebook, Simon and Schuster, Inc., N. Y. 2017, p. 160.

²⁰ E. Eger, *The Gift, cit., Conclusion*, p. 153.

a servir a los demás, de hacer todo lo que esté en mi mano para honrar a mis padres, para asegurarme de que no murieron en vano. Hacer lo mejor que pueda, en mi limitada capacidad, para que las generaciones futuras no experimenten lo que yo viví. [...] Puedo tomar la decisión que todos podemos tomar. Nunca podré cambiar el pasado. Pero hay una vida que puedo salvar: Es la mía. La que estoy viviendo ahora mismo, este precioso momento [...].

El cometido de servicio es siempre actual y no depende de situaciones límite, y la síntesis entre la vida como un don y la libertad interior para entregarse se ve mejor en la ejemplaridad de una vida que en un arduo discurso filosófico.

Aunque estas líneas conclusivas carecerán de la fuerza que contienen los testimonios y las reflexiones de los autores que he venido citando, es importante ofrecer una síntesis que conecte con nuestra labor de universitarios.

Entender la sindéresis con sentido proactivo, es decir, como una urgencia por desarrollar la propia iniciativa, pasa por la cimentación de una vida disciplinada. La universidad es el lugar de un tipo de disciplina y autorregulación que toca a cada uno aceptar y aprovechar, del que carecen multitudes en todo el mundo. La universidad es un lugar privilegiado.

La libertad interior implica descifrar la propia misión en la vida, y eso significa perfilar nuestra propia identidad. En este momento, para nosotros, universitarios, depende de nuestra capacidad de asimilar un compromiso con todos aquellos que han hecho posible que estemos aquí y ahora. No podemos esperar "la oportunidad". La oportunidad de ejercitar nuestra creatividad interior es hoy. Obtener conclusiones útiles a partir de ejemplos extraordinarios no es inmediato. Hacer fructificar lo que inspira momentáneamente requiere empeño. Todos los días.

Muchas gracias